

Carlos Luria y Gabriela Redondo

YO NO  
DEBERÍA  
ESTAR  
AQUÍ

edicionscarena





ediciones**carena**



CARLOS LURIA  
GABRIELA REDONDO

YO NO DEBERÍA ESTAR AQUÍ

Primera edición: marzo de 2023

© Carlos Luria, 2023  
© Gabriela Redondo, 2023  
© Ediciones Carena, 2023

Ediciones Carena  
c/Alpens, 31-33  
08014 Barcelona  
T. 934 310 283  
info@edicionscarena.com  
WWW.EDICIONESCARENA.COM

Diseño de la cubierta: Sandra Jiménez

Coordinación y revisión: Jesús Martínez  
WWW.REPORTEROJESUS.COM

Depósito legal B 6082-2023

ISBN 978-84-19136-84-8

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se puede reproducir ninguna parte de este libro, ni almacenar en cualquier sistema de reproducción, ni transmitir de ninguna forma ni bajo ningún concepto, mecánicamente, en fotocopias, en grabación o de ninguna otra manera, sin el permiso del propietario o propietaria de los derechos de autor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A nuestros respectivos hijos: Luís, Clara y Marina.





## YO

Miré embobada el reloj instalado en la fachada de una modesta iglesia. Era un reloj muy grande y desde luego desproporcionado, alguien había hecho mal los cálculos. Parecía desafiar la estrecha calle con sus manecillas como lanzas. Yo no sabía dónde estaba, abrí la cremallera del bolso con dedos torpes, hurgué en su interior. Era una búsqueda infructuosa, claro, recordaba muy bien que me había dejado el móvil después de mi huida, y aún así ese gesto absurdo me reconfortó, fue como si me anclara a mis automatismos, a la cotidianidad, a mí misma en definitiva. Volví a mirar la iglesia. Había pasado una hora y dos minutos desde las once y cuarto.

Me orientó una anciana que arrastraba un carrito de la compra. Debió detectar que yo era incapaz de avanzar ni de retroceder, aquella mujer pertenecía a un tiempo en el que la gente estaba acostumbrada a ayudarse por la calle. Luego me pregunté dónde ir. Rezar estaba descartado, no sabía a quién, ni tampoco para qué. ¿La comisaría más próxima? Para presentar ciertas denuncias hacen falta pruebas y valor.

Una hora y dieciséis minutos después de las once y cuarto había comprendido que es posible determinar el momento preciso en el que la vida se viene abajo, como si a ese momento le hubiera precedido un pistoletazo de salida o el aullido de una sirena.

Una hora y veintitrés minutos después de las once y cuarto había aprendido que, a veces, una no puede hacer nada para evitar la caída.

Dejé de mirar el enorme reloj. Había pasado una hora y media y ya sabía dónde ir.

—Córteme solo las puntas, por favor.

El local estaba desierto. Era una de esas peluquerías minúsculas que menudean en torno a la estación central de Barcelona-Sants, no solo debían de ir vecinas, también viajeras deseosas de borrar el rastro de un largo trayecto en tren. Al entrar, la jovencísima peluquera me había ofrecido asiento en uno de los dos sillones, ambos deslucidos por el uso. Ahora me observaba de reojo mientras preparaba sus utensilios. «Córteme solo las puntas, por favor» era la primera frase que yo pronunciaba desde que todo había empezado, no se trataba de una gran frase.

—¿Un mal día? —me preguntó la muchacha. Conocía la respuesta, su cara de pena era sincera y aterradora.

En aquel momento yo no podía saberlo, pero ya había pisado el primer peldaño de una escalera que días más tarde me conduciría a un sótano pequeño que olía a destierro y en el que había un ventanuco por el que no pasaba la luz y un vampiro que no era un vampiro y el graznido de una barrera mal engrasada.

—Un día espantoso —respondí.

Es importante acertar con los adjetivos, «espantoso» era el adecuado. Ni siquiera en mis peores sueños habría podido imaginar

algo remotamente parecido a lo de aquella mañana. Casi todas las mujeres blancas del primer mundo compartimos pesadillas recurrentes, hay poca originalidad en este aspecto: persecuciones, infidelidades, encuentros con alimañas, caídas en abismos sin fondo, súbitas desnudeces en plena calle. En algunas ocasiones, hecatombes físicas. En mi caso había que añadir doble ración de caídas en abismos e incontables naufragios en alta mar, incluso una vez había soñado que sobre Barcelona se desataba un devastador huracán que, por algún motivo que el sueño no terminaba de aclarar, era un huracán tropical. Ignoraba si estas pesadillas eran consecuencia de estar a punto de cumplir los cuarenta, de tener una hija adolescente, de poseer un carácter inclinado hacia la impulsividad o de los tres factores a la vez.

Miré mis manos, un temblor se había adueñado de ellas, mis dedos parecían animalillos asustados. De algún modo, seguramente enfermizo, aquel temblequeo me resultó hipnótico. Desvié con brusquedad los ojos y me topé con mis monstruosas ojeras reflejadas en el espejo y con el rastro que las lágrimas habían dejado sobre el maquillaje.

—Allá vamos —dijo la peluquera.

Se apartó un mechón de pelo de la frente en un gesto automático que debía repetir centenares de veces por día. Sus pulseras rompieron el aire con su sonido metálico. Mis dedos temblaron aún más y los oculté bajo el jersey de algodón, como si quisiera protegerlos.

—¿Mejor? —preguntó la chica con las cejas enarcadas. Eran unas cejas finísimas, como trazadas con un tiralíneas.

—No.

—Ahí tienes toallitas, por si quieres arreglar esa cara. Y si te apetece contármelo, no tenemos nada mejor que hacer.

Ni siquiera lo pensé dos veces, no es ningún secreto que, bajo determinadas circunstancias, asumir la realidad es un ritual aconsejable para intentar afrontarla. El hecho de que la peluquera fuera una desconocida significaba una ventaja, yo necesitaba que mi relato no me acarrearra una presión añadida: cuando cuentas tus desgracias a desconocidos no tendrás que anunciarles al cabo de unos días que las cosas han empeorado; no tendrás que seguir sus consejos; no tendrás que maquillar los hechos. Y, sobre todo, no tendrás que humillarte y rezar para que esa humillación no te persiga hasta el final de tus días.

—Vale.

Acabé de limpiarme la cara. Reuní todo el valor que pude.

—Mi jefe me acaba de amenazar con destrozarme la vida si no me voy a la cama con él.

Tuve la sensación de que aunque hablaba de mí en realidad no hablaba de mí, que yo no era más que un testigo, no la protagonista.

—No jodas. —Una mueca de fastidio bastante sincera—. ¿Cómo te ha amenazado? ¿Con despedirte?

—Peor, con arruinar mi carrera.

—¿Y puede hacerlo?

—Ya lo creo que puede.

—Pero ¿tú le has dado pie o algo para que te diga eso?

La pregunta restalló en mis oídos como un latigazo. Era una buena pregunta, pero también la más cruel. Me tomé mi tiempo para contestar. Empezaba a tomar cuerpo en mi interior un sentimiento de culpabilidad, como si yo hubiera sido la causante de mi propia destrucción, como si yo misma hubiera abierto las puertas al terror. Necesitaba que aquella muchacha me dijera lo contrario. Y también necesitaba que certificara la magnitud de mi drama.

—No lo sé.

Y empecé mi narración. Las palabras parecieron cobrar vida propia y salir en desbandada, como les ocurre a los niños entusiasmados, se atropellan en sus narraciones, tropiezan en la lógica de los hechos. El desastre, dije, se había producido aquella mañana, pero se venía cocinando desde hacía dos meses a fuego lento, del mismo modo en el que se fraguan las guerras o algunas despedidas. Y yo no había querido, o no había podido, o no había sabido verlo, en suma, no había reconocido mi propia miopía, y ahora ya era tarde para hacerlo. Hacía dos meses que el nuevo jefe de mi departamento, Santiago Puyol, había ido al bufete por primera vez. Era más o menos de mi edad, nos habían informado de que anteriormente había trabajado en dos pequeños bufetes. Desde el mismo momento de las presentaciones había mostrado un interés casi contemplativo por mi cuerpo. Tengo un físico bien proporcionado, es deseable, este es, probablemente, el adjetivo cuya pronunciación ha unido como un hilo invisible a todas mis relaciones, *deseable*. Me lo habían dicho o dado a entender o sugerido muchas veces, incluso aquellas veces en las que yo no deseaba ser deseable.

—Y usted es Alexandra Papanopoulos —me saludó Puyol el día de la presentación. El sol entraba a raudales por el ventanal encarado a la montaña del Tibidabo. Todos los abogados formábamos un semicírculo frente a la mesa de su despacho. Nos iba saludando uno a uno. Mis compañeros y yo esgrimíamos sonrisas tirantes que se estiraban aún más en el momento en que el nuevo jefe nos nombraba. Alguien rompió el semicírculo, bajó con diligencia una persiana, regresó a su puesto sin hacer ruido.

—Papadopoulos —corregí—. Mi abuelo era griego.

—Un apellido muy exótico.

—En Grecia es muy común. Como aquí llamarse García.

Puyol miró a sus nuevos empleados, como para asegurarse de que estaban atentos.

—Seguro que le encantará el yogur —dijo.

Y siguió saludando a los demás con una mezcla bien medida de cordialidad y de autoridad, poniendo un evidente esmero en que su campechanía no fuera malinterpretada. Puyol nos estaba transmitiendo la idea de que podía ser amable, podía ser incluso simpático, pero que era un jefe que poseía una conciencia clara de su posición de autoridad. Alguno de los presentes se rio a destiempo con la bromita del yogur, aunque era una de las peores bromas posibles. A estas alturas de mi vida, ya podía clasificar meticulosamente las bromas en relación a mi apellido: escultóricas, mitológicas, gastronómicas y, finalmente, en casos aislados, las bromas emparentadas con el sexo anal. Ninguna de ellas tenía ni puta gracia.

La presentación acabó sin pena ni gloria, sin aspavientos, como sucede en las empresas en las que la previsibilidad no es solo deseable sino también imprescindible, el control más severo debe regir en todo momento. Un gran despacho de abogados es una de estas empresas. Volvimos al trabajo. Con el paso de los días, Puyol se fue aproximando hacia mí, poco a poco, como un cáncer que se va extendiendo a hurtadillas por el cuerpo. Algún piropo aparentemente inocente, aunque cada vez menos inocente que el anterior, más bromas, todas igualmente deleznales, sobre mi apellido. Luego los roces furtivos, las miraditas insinuantes, en algún almuerzo de trabajo nuestros muslos o nuestras manos se rozaban, siempre bordeando la casualidad, de todos es sabido que a veces la gente se toca por accidente. Yo ya había sufrido intentos de flirteo por parte de muchos hombres, entre ellos no pocos clientes, y pensé que las maniobras de Puyol se acabarían cuando él se diera cuenta de que no me interesaba

en absoluto. Dicho de otro modo, miré hacia otro lado, como esas personas que niegan su enfermedad hasta que una mañana la almohada aparece bañada en sangre. Fue un error. Poco después vinieron los masajes en el cuello y las frases con doble sentido. Las caricias improvisadas fuera del alcance de ojos ajenos y de las cámaras de seguridad.

—Y tú no le paraste los pies —dijo la peluquera.

Principalmente, porque era mi superior. En los bufetes de abogados de élite, las jerarquías son la auténtica ley que rige cualquier comportamiento. Pero había otra razón: no estaba preparada para eso, por raro que parezca, pese a todos mis recursos y a todos mis estudios. Pocas mujeres estamos preparadas para esa mierda, o no nos avisan de que puede suceder o nos avisan muy tarde, son contingencias que siempre pasan a otras. Los dramas nunca tienen un perfil reconocible hasta que nos miran a los ojos. Yo, con una ingenuidad impropia de una mujer supuestamente lista, pensaba que ese tipo de abuso de poder nunca podría asomarse a los ambientes en los que me movía.

—Ya —dijo la peluquera.

—Esta mañana, a las once y cuarto en punto, me ha llamado a su despacho.

—¿Y qué te ha dicho?

Primero me ha ofrecido asiento, me ha preguntado cómo había ido la Semana Santa, una pura formalidad, y luego me ha dicho que después de pensarlo mucho iba a hacerme una oferta que yo no iba a poder rechazar. Él estaba repantingado en su butaca, a todas luces se sentía dueño de la situación, cuando alguien repantinga su cuerpo en la butaca da a entender que se siente cómodo consigo mismo y que en ningún caso va a perder pie. La oferta que yo no iba a poder rechazar consistía en ir con él a un seminario internacional de Derecho Penal que se va a

celebrar en junio, dentro de dos meses, en Lanzarote. Gastos pagados. *Suite* en hotel de cinco estrellas. «Nos podemos ir un par o tres de días antes», ha añadido con un guiño que pretendía ser cómplice. No ha hecho falta que añadiera nada más. Yo he abierto la boca sin tener conciencia de qué podía salir de ella. Él ha sonreído y ha añadido que este año nos van a caer dos casos sonados, de los que aparecen en la prensa y adquieren notoriedad pública, y que está pensando a qué letrado o a qué letrada del bufete adjudicárselos. Ha enfatizado la palabra «letrada».

—A lo mejor este viajecito me ahorra tomar una decisión, ya me entiende. Lo que sí le digo es que la letrada o quien se encargue de esos casos se convertirá en una *rock star*.

Un escalofrío me ha recorrido la espalda, una parte de mí aseguraba que aquello no estaba ocurriendo de verdad y otra parte me decía que era completamente real. En mi cerebro se ha desatado una tormenta que solo he logrado apaciguar con las primeras palabras que he encontrado a mano.

—Si le he entendido bien...

—Me ha entendido perfectamente.

—¿Y si no puedo ir?

—¿Si no puede o si no quiere?

—¿Y si no quiero ir?

—Ha preguntado si no puede.

—¿Y si no voy?

Él ha hecho un gesto con la cabeza que descartaba esa posibilidad.

—Digamos que si no viniera su carrera se acabaría aquí —ha dicho—. Todos saben que su profesión y su hija son lo que le ayuda a levantarse de la cama cada mañana, ¿verdad?

—Joder —dijo la peluquera—. ¿Es verdad?

—Sí.



—¿Y qué le has contestado?

—Nada.

La peluquera detuvo el movimiento de sus manos.

—¿Nada?

—He huido, literalmente. Estaba aterrorizada. Solo podía pensar en qué sería de mí y en las dos personas que dependen de mi sueldo, mi hija en parte, mi madre del todo. Me he levantado, he balbuceado que no me encontraba muy bien y me he ido. Estaba en *shock*. Luego, cuando he pisado la calle, he visto que no solo me había dejado la dignidad en el despacho, sino también el móvil.

—Hostia.

—No he vuelto a buscarlo. Me he puesto a caminar sin saber dónde iba, solo quería alejarme lo más posible de aquel despacho. Me he tomado un carajillo...

—A ver. —El móvil. Las pulseras—. La una y poco.

—Sigo sin poder quitarme la cara de ese tío de encima. Está incrustada en mi cerebro.

—Porque le odias de verdad.

Se instaló entre nosotras un silencio solo roto por el chasquido de las tijeras. Yo era buena persona, o eso creía, no es fácil delimitar los márgenes en que se mueve una buena persona, es un asunto confuso. Había odiado muchas veces, pero nunca en serio ni de forma prolongada en el tiempo. Como todo el mundo, había odiado a mi madre, a mi exmarido, a algún cliente, al inventor de Google Maps cuando el navegador me llevaba a una dirección equivocada, al dueño de la tintorería..., odios así, microodios tan poco sólidos y tan mal cimentados que siempre acababan desvaneciéndose. Había leído demasiados libros como para no saber que el odio con mayúsculas es un sentimiento devastador.

—¿Tú cómo sabes si odias a alguien de verdad? —pregunté.

La peluquera dejó caer el brazo que empuñaba las tijeras.

—Por la muerte.

—¿Qué muerte?

—¿Tú querrías ver muerto a ese jefe tuyo? Pero piénsalo en serio, ¿vale? ¿En plan despeñado por un barranco o devorado por un zombi? ¿Querrías verlo, mira lo que te digo, desprovisto de vida?

Y de pronto, frente a aquella desconocida, comprendí la verdadera magnitud de mi fractura. Desprovisto de vida, mira lo que te digo. En circunstancias menos dramáticas me hubiera hecho gracia lo de mira lo que te digo, desprovisto de vida, era contundentemente gráfico. Ahora mis ojos se desplomaron hasta el suelo alfombrado de los pelos recién caídos de mi cabeza.

—Sí —dije al fin con un hilo de voz, apartando con dificultad la mirada de esos pelos.

Ella hizo un mohín de disgusto, labios apretados, mirada baja, ligero cabeceo, un mohín bien ensayado que seguramente utilizaba con las clientas que iban a la peluquería a desahogarse, ya no sé con quién hablar, hija, qué bien que estés tú. Me imaginé aquella jovencita perfeccionando ese mohín frente al espejo en un pisito que apestaba a la masilla que su madre compraba para tapar las grietas de las paredes.

—Pues ese tío ya ha ganado la primera batalla —dijo ella, adoptando ahora una pose de extrema seriedad—. Él está igual, pero tú has perdido tu capacidad de razonar. Lo leí en una revista. Ahora, que también te voy a decir una cosa. Fíjate qué gracia, a una amiga que también es peluquera, la Patri, le pasó lo mismo que a ti con un jefe que tenía. Que si quería ascender a encargada tenía que irse con él un fin de semana por ahí. El Ruben fue a

verlo. El Ruben es su novio y está supercachas. ¿Quieres ver una foto de los dos?

Yo no quería ver una foto de los dos. La visión de aquellos pelos por el suelo me acosaba, me descubrí no queriendo fervientemente dos cosas a la vez: no quería ver al Rubén y a la Patri y no quería ser como aquellos pelos vencidos.

—Vale —siguió la chica—, pues total, que el Ruben fue a ver al jefe ese y le dijo, le dice: «A la Patri la haces encargada sin viajecito ni nada o me encargo yo de tus intestinos». Y el jefe, te puedes imaginar. Fin de la historia. ¿Tú no tienes un marido como el Ruben?

—Estoy divorciada.

—Pues un amante.

—Eso sí.

—Pues ya está.

—No sé, la verdad.

—¿El qué no sabes?

—No sé por qué me ha de hacer falta un tío.

—Entonces, ¿cómo vas a arreglarlo?

—¿Sin un tío? Ni idea.

—Perdona, no sé si tiene mucho sentido lo que dices.

—Ya.

—Vale, pues las puntas ya irían estando. Pero te hace falta un buen corte.

Pensé que podía haberlo dicho antes de empezar con las puntas, en lugar de contestar recorrí con la mirada las paredes rosas de la peluquería. Estaban repletas de fotos descoloridas de modelos que lucían peinados a todas luces innecesarios y, en muchos casos, estrambóticos. Se respiraba un aire denso, impregnado de humedad y de olor a laca. Tenía ganas de irme a casa.

—No, no me cortes el pelo —dije.

—Al menos te pongo una ampolla energizante para el pelo. Verás cómo me lo agradeces. Y luego la mascarilla especial. Va superbien para las puntas.

—No, gracias.

—¿Y el *serum* de placenta para el peinado?

—Es que prefiero que no me pongas nada más.

—Vale. Oye, se me ocurre..., ¿los jueces no aceptan una grabación como prueba y eso?

—Aceptan conversaciones grabadas cuando quien graba es uno de los interlocutores. Pero es que ni siquiera llevaba el móvil encima.

—Pues llévalo la próxima vez. Y estoy pensando que te podría poner el producto reconstructor de las mechas. Venga, regalo de la casa.

—No llevo mechas.

—Da igual. Ya verás, te va a lucir el pelo.

Al pisar la calle miré alrededor de mí y no pude evitar una sensación de injusticia. Cuando una trampa se ha cerrado sobre ti deseas que algo parecido haya ocurrido con tus semejantes, si no en su totalidad, al menos en parte: deseas contemplar la huella visible de otros derrumbes, comprobar que el mundo ha sido empático con tu catástrofe, que te rodean otras catástrofes. De forma que te tomas la normalidad, los coches, el deambular de la gente, los sonidos habituales de la ciudad, como una ofensa, es más, te asalta la certeza de que tu drama es minúsculo y particular, de que no le interesa a nadie, de que nadie escribiría un libro sobre él. Me sentía mortalmente triste. Y también mareada, lo atribuí a los productos químicos de la peluquería, aunque sabía que no era verdad, no había ingerido nada desde

la mañana. Regresé a la peluquería, le pedí, por favor, el móvil a la muchacha y llamé a Paquita, la secretaria del departamento, para decirle que me encontraba fatal y que no iría por la tarde. Me arriesgaba a una severa llamada de atención. En un bufete como el mío, sometido a férreos horarios, volúmenes de trabajo inmensos y jornadas de doce horas, está muy mal tolerado que alguien se ausente toda una tarde, a no ser que se encuentre casi en las últimas, que no pueda moverse en un sentido literal. Paquita le comunicaría mi ausencia a Puyol. Tal vez mi jefe sonreiría para sus adentros.

Empecé a caminar hacia casa cruzando calles atestadas, sorteando viajeros que arrastraban ruidosas maletas con ruedecitas. Vi mi reflejo en la luna de un escaparate y el sentimiento de culpa volvió a abrirse un hueco en mi cerebro. Para Puyol debía de ser muy importante llevarme a la cama, ya que estaba dispuesto a arruinar mi vida para conseguirlo. El concepto «arruinar una vida» era abominable, difícil imaginar cotas tan elevadas de perversidad. Al margen de que su actitud era despreciable y fruto seguramente de algún profundo complejo, ¿por qué precisamente yo? Había muchas mujeres en el bufete. ¿Yo había provocado aquel chantaje sin quererlo? ¿Había sido demasiado simpática, demasiado cordial, demasiado frívola? ¿Las faldas eran demasiado ajustadas? ¿Los tacones demasiado altos? No podía evitar formularme todas esas preguntas, aunque sabía que eran preguntas peligrosas, dotadas, por así decirlo, de un doble fondo, porque podían desembocar en algo peor que el odio a Puyol: el odio a mí misma.

Respiré hondamente. El tímido sol de abril empezaba a declinar y ya solo me separaban una decena de calles de casa. Había caminado mucho, casi sin darme cuenta. Vamos, Alexandra. Seguro que encuentras una solución. La calle está llena de vida.

Tu hija está sana. Vives en un lugar donde no te matan por preguntar la hora al tipo equivocado. El wifi de casa no se ha estropeado desde hace meses.

Me sentí todavía peor.

Mil ciento veintidós.

Mil ciento veintitrés.

Mil ciento veinticuatro.

Desde que había enfilado la Vía Augusta había recurrido a un viejo truco para dejar de pensar. Pocas personas conocían la existencia de mi costumbre de contar los pasos y mucho menos su origen, eran recuerdos que por algún motivo, quizás por vergüenza, prefería mantener a buen recaudo. Me había inventado la estrategia en el colegio. Yo tendría unos diez años y un grupito de niñas me quitaban cada mañana el bocadillo del desayuno. A veces, cuando me cazaban en algún rincón poco transitado del patio, también me pegaban, a una de ellas le encantaba darme bofetadas en la boca, no sé por qué. Era una tortura que me hacía sentir muy desdichada y, sobre todo, humillada. Una vez, con la cara insoportablemente dolorida, le grité a una de las abusadoras:

—¡Dios te castigará!

Fue a la vez una amenaza desesperada y mi última esperanza de que las niñas me dejaran en paz.

—¿Dios? ¿Y dónde está? —respondió la niña en tono burlón.

Sus compañeras se rieron, debía de ser una broma recurrente entre ellas, todos los grupos tienen bromas internas que solo son interpretadas por ellos. Yo no daba crédito.

—¿En todas partes?

Lo pregunté, no lo afirmé. Mi seguridad se estaba resquebrajando a ojos vista.

—Pero ¿dónde, dónde? ¿Aquí? ¿Allí? ¿Dónde?

Y entonces, ante aquel despliegue de racionalidad que yo consideraba no solo blasfema sino también inhumana, dije algo que me salió del alma:

—¡Es un acto de fe!

Se alejaron entre más risas. Fue al día siguiente, en aquel mismo patio, mientras temía una nueva aparición de mis enemigas, cuando me puse a contar. A veces llegaba hasta el medio millón, a veces mucho menos. Hasta que una mañana, tras meses de soportar aquella tortura que amenazaba con desquiciarme, y visto que definitivamente no podía contar con la ayuda divina, ideé un plan: con la excusa de que tenía mucha hambre, pedí a mi madre que me hiciera dos bocadillos. Ella enarcó las cejas, me repasó de arriba abajo como si buscara algún signo visible de mal funcionamiento de mi cuerpo, aceptó y, a partir de aquel día, a las abusadoras les daba un bocadillo y el otro me lo comía sentada en la taza del váter. No dejaron de pegarme de vez en cuando por cualquier motivo, pero al menos recibía los golpes con el estómago lleno; era un cambio que acogí con agrado. Entonces decidí que era bueno tener un plan y que en la vida siempre tendría un plan. Con el tiempo descubrí que eso también fue un acto de fe. No siempre tendría un plan a mano.

Mil ciento treinta.

Ahora que lo pienso, jamás llegué a odiar en serio a mis maltratadoras.

Mil ciento treinta y nueve.

Mil ciento cuarenta y uno.

No, cuarenta.

Cuarenta y uno.

No dejé en ningún momento de contar.

Solo me entregaba a este ejercicio en circunstancias excepcionales y siempre en voz baja, moviendo los labios como los niños o los ancianos cuando leen, las cifras iban formando en mi mente un bosque espeso que no dejaba pasar la luz del sol y yo me refugiaba en las sombras de ese bosque para no ser advertida.

Y mil ciento cincuenta y tres.

En el viejo ascensor de casa, forrado de una madera avejentada, me contemplé en el espejo. No me gustó lo que la peluquera había hecho con mi cabeza, no parecía yo, casi no me reconocía. El resto del trayecto lo hice a espaldas del espejo.

Al sacar las llaves tensé los músculos de la mandíbula. Era algo instintivo desde que mi hija había entrado en la adolescencia, aunque con toda probabilidad no se trataba de la única explicación, nada tiene una única explicación. Lo cierto era que mi casa se había convertido en un hogar extraño, dos palabras, *hogar* y *extraño*, que jamás deberían estar unidas, que formaban una pareja condenada al fracaso. Entrar en casa, había pensado una y otra vez, era como acudir a una de las decepcionantes citas de Tínder que había tenido después de mi divorcio: tienes una vaga noción de lo que te vas a encontrar, pero es conveniente ir preparada para lo peor. Recorrí el estrecho pasillo. Me rodeaba un silencio que tan solo se rompió por un entrechocar de platos procedente de la cocina.

—¿Y ese pelo?

Me miraba mientras fregaba un vaso. Con Julita mantenía una relación compleja, todas lo son en realidad, en este sentido los humanos somos unos aficionados, pero en el caso de Julita se presentaban dificultades añadidas. Para empezar, yo creía que ningún adulto debería llamarse jamás Julita ni, en general, utilizar un nombre con diminutivo. Los diminutivos estaban hechos para los niños, los norteamericanos y las comidas de los chirin-



guitos: Angelito, Jimmy, gambitas, ensaladita. Seguramente era una de mis manías, pero no la consideraba una manía que me incapacitara como ciudadana, incluso me la tomaba a broma. En cualquier caso, en su momento había tardado varias semanas en llamar a Julita por su nombre, lo que había sido una pésima forma de comenzar nuestra relación.

—¿No le gusta? —pregunté.

—Lo que no sé es si a usted le gustará mi respuesta.

—Pues no me la diga.

—Muy bien.

—Aunque se muere de ganas de decírmela.

Me senté en una de las sillas de la mesa de la cocina, no quería estar sola. Julita escrutaba mi cara. Era una mujer menuda que rozaba los setenta años y cuyo carácter adusto se veía afianzado por un moño de un potente color rojo que atrapaba la mirada, podría decirse que la encarcelaba. Era probable que su propietaria pretendiera enviar un mensaje a través de ese color intimidante, todas las singularidades externas tienen ese objetivo, rastas, *piercings*, tatuajes, aunque yo ignoraba cuál era ese mensaje. Pese a su nombre y a su pelo, había contratado a Julita tras el divorcio porque a mi hija, Martina, le había caído muy bien el día de la entrevista. A mí me había caído exactamente lo contrario, pero pensé ingenuamente que contratar a Julita afianzaría mis lazos con Martina. Cuando Martina comprobó días después que Julita era firme partidaria de las verduras se arrepintió de su decisión, y, entonces, en un giro asombroso de guion, me echó la culpa por haber contratado a Julita.

—Ha sido un día horroroso —dije sin venir a cuento.

Ella se había secado las manos y ahora mordía una empanadilla.

—A ver —invitó.

—¿Realmente le interesa?

—Sí. Ayer empezamos con Sócrates.

La mención a Sócrates me desconcertó, hasta que recordé que Julita se había apuntado hacía varias semanas a unas clases de Filosofía que se impartían en la asociación de vecinos de La Verneda, su barrio. En su momento nos había comunicado su decisión con orgullo, seguramente para ella significaba un progreso evidente en su vida y en la visión que tenía de ella misma, de pequeña no había pasado de la Educación General Básica. Se había tomado esas clases con mucho empeño y no era raro encontrarla leyendo a Platón en la cocina mientras esperaba que se hicieran las croquetas. Por algún motivo esa imagen, croquetas con Platón, me resultaba fascinante, era como estar viviendo en una comedia de situación norteamericana cuyo fuerte radica en los diálogos ingeniosos y, sobre todo, en las situaciones chocantes.

—La mayéutica, Alexandra —añadió.

Supuse que la mayéutica aportaba alguna perspectiva novedosa, pero no pregunté. Conté lo sucedido por segunda vez, y por segunda vez no me sentí mejor al hacerlo. Desgrané la charla con Puyol, su descarado chantaje, la satisfacción pintada en su cara, mi estúpida reacción, le dije que odiaba a Puyol. Ella me escuchaba con atención y, de vez en cuando, levantaba los ojos a un techo que algún día fue blanco. Las manos volvían a temblarme. Ahora, además, me pesaban, como si estuvieran agotadas.

—Mi vida ahora mismo es una mierda, Julita —concluí en un arranque de autocompasión.

—Ya, seguro que la esclava sexual de un señor de la guerra africano no querría cambiarse por usted ni loca. Ni la niña afgana a la que han obligado a casarse con un tipo de sesenta años. ¿Ha comido?

—No.

Me alcanzó un plato con croquetas. Cogí una, la mordisqueé y la dejé sobre la mesa, mi estómago estaba cerrado.

—A ver, ¿hasta dónde está dispuesta a llegar para solucionar su problema con ese cerdo? —preguntó Julita achinando los ojos. Debían parecerle irrelevantes cuestiones como si Puyol podía cumplir su amenaza o qué iba a responderle.

—No le entiendo.

—Intento que llegue usted a la verdad por sí sola.

—Le entiendo menos si me habla así.

—Yo me sé de gente. Eso es lo que quiero decir.

Sabía qué quería decir, lo que no sabía era qué decir a lo que había dicho. Ella debió de interpretar mi silencio como un signo de incompreensión, lo que en cierta forma era cierto.

—Gente del barrio —añadió—. Por cuatro duros hacen cosas. Ya sabe.

—¿Me está sugiriendo que contrate a unos matones?

—¿No ha dicho que odiaba a ese tipo?

—Pero no como para meterme en ese territorio.

—El odio no tiene territorios. No es un país. No tiene fronteras. Es un estado de ánimo.

Había pronunciado estas palabras con energía.

—Soy abogada, Julita —dije.

—¿Y qué?

Hice caso omiso a su pregunta.

—Que soy abogada porque el mundo es un galimatías, o sea, esa es la razón por la que me dedico a lo que me dedico. Que el mundo es un galimatías ininteligible, es como una larguísima factura de la luz, no sé si me entiende. Las leyes son lo único que me da seguridad. A veces mi cerebro también es un galimatías, ¿sabe? Entonces el Código Penal es algo a lo que asirme. Será

mejor o peor, pero es sólido. Me siento segura en él. Y no, no puedo contratar a esa... Esa gente.

—Esa gente la libraría de su odio.

—¿Qué decís del odio?

Mi hija, Martina, nos miraba apoyada en el quicio de la puerta. Era larguirucha como un galgo y solía entrar sin avisar a todas partes, como un fantasma que apareciera de la nada. Lo peor de los fantasmas, incluso de los mentales, no es su sustancia vaporosa, es su imprevisibilidad.

—Hola, Martina —saludé.

Llevaba en la mano su móvil. Siempre llevaba su móvil en la mano. A veces móvil y mano parecían la misma cosa, como si yo hubiera parido a una niña mutante. Esa impresión solo se desvanecía cuando deslizaba los dedos por la pantalla a una velocidad tan vertiginosa que difícilmente podía permitirle ver nada. Me miró la cabeza.

—¡Uala!

—Me alegro de que te guste, hija.

—Pareces La Chumino.

Se rio de su propia broma, era una broma claramente generacional, no cabía duda de que Martina se sentía satisfecha de que ni Julita ni yo pudiéramos comprenderla y mucho menos reírnos con ella. La Chumino era un nombre extravagante y desde luego provocador, yo ya sabía que los *youtubers* preferían este tipo de nombres para sus canales: la competencia entre ellos debía ser extenuante y cualquier excentricidad era bienvenida si con ella captaban cien suscriptores más.

Añoré los tiempos en los que los adolescentes comparaban a sus padres con ogros, no era una comparación especialmente elaborada, pero facilitaba bastante las cosas.

Añoré los tiempos en los que los adolescentes comparaban

a sus padres con ogros, no era una comparación especialmente elaborada, pero facilitaba mucho las cosas.

—No sé si quiero saber quién es La Chumino —dije.

—Una *youtuber* que va rapada.

—¿No podía haberse puesto otro nombre? —pregunté.

En sus ojos bailaban el sarcasmo y el desprecio.

—¿Hola? ¿Internet, te suena?

—En realidad hablábamos del odio —respondió Julita tras dirigirme una mirada rápida—. En abstracto.

—¿En abstracto quiere decir que no concretabais?

—Exacto.

—Mami, desde que Julita va a clases de Filosofía cuesta mucho seguirla.

—Ya lo sé. ¿Tú odias a alguien, Martina? —pregunté.

—Ya ves. Un montón.

De repente había perdido todo interés en la conversación, porque se fue de la cocina sin añadir palabra y se encaminó al salón. Yo había percibido en su «ya ves» una relación de camaradería con el odio que me alarmó, en aquel momento recordé a las monjas de mi colegio, que solo toleraban el odio en tres supuestos muy bien delimitados: cuando se dirigía hacia Satán, cuando se dirigía hacia los judíos y cuando se dirigía hacia uno mismo. Si en alguna ocasión, en un exceso de celo, alguna alumna confesaba que odiaba también a los protestantes y a los musulmanes, las monjas le recordaban con la boca pequeña que el propio Jesús había pedido a su Padre que perdonara a sus verdugos. Aunque, naturalmente, cada cual odiaba a los infieles que considerara oportuno.

Me levanté y seguí a mi hija, siempre iba un paso por detrás de ella, probablemente a todas las madres les ocurría lo mismo, pero no por ello dejaba de ser enojoso. ¿Cómo se podía odiar,

un montón, a los 16 años? ¿Cómo se podía odiar a los 16 años, a secas? ¿Odias un montón precisamente porque tienes 16 años? Ella se estiró en el sofá y yo me volví a sentar, como si el trayecto entre la cocina y el salón hubiera sido en realidad un trayecto entre una silla y otra silla. Me descalcé, miré en derredor, me arrepentí inmediatamente de haberlo hecho. Había comprado el piso después del divorcio y nunca me había visto con fuerzas de acometer ciertas reformas que necesitaba urgentemente, cañerías, suelo, humedades... Las paredes requerían una mano de pintura, el parque estaba rayado, flotaba en el aire una sensación inhóspita.

—Primero —dije—, este fin de semana acuérdate de que te toca con tu padre. Y segundo. ¿En serio que odias a un montón de personas?

—A lo primero, papá me ha enviado un *whats* diciéndome que fuera el sábado por la mañana y no el viernes por la tarde. A lo segundo, personas y cosas.

Personas y cosas. La mayor parte del tiempo mi hija me caía fatal, pero a veces debía reconocer que tenía gracia. Uno no elige a sus hijos, solo la manera en la que se enfrenta a ellos.

—A ver.

Un suspiro. Me miró por encima de su móvil. Se dignó mirarme por encima del móvil, para ser exactos. Julita nos contemplaba desde el umbral de la puerta.

—Pues odio a mi profesora de Educación Física. Odio correr. Las Mates. Hacerme la cama. Ordenarme la habitación. Comer verduras. El parchís, me pone muy nerviosa. A ti a veces. A papá a veces. A Julita no, porque me encanta que sea tan borde.

—Gracias —dijo Julita.

—Odio las uñas de diferentes colores —prosiguió Martina con una voz sin inflexiones, como si recitara una lección—. Odio la

sensación de que te estás esforzando mucho en algo y no consigas nada. Odio a la gente falsa que cambia de personalidad según con quién esté. Odio a los *millennials*, porque siempre se están quejando. Odio la televisión. Odio que tenga las cosas superbien planeadas y luego se vayan a la mierda. En un buen día, odio a la mitad de tíos del insti. En un mal día, los odio a todos. Y ya.

—Me gusta —sentenció Julita a mis espaldas—. Por otro lado, cómo me alegro de no haber tenido hijos.

—Te he oído, Julita —dijo Martina.

—Lo he dicho en voz alta.

—Y no te vengas arriba, que tú odias a todo el mundo.

—A mí me cae mal todo el mundo, que es diferente.

—¿Qué diferencia hay?

—La muerte —intervine yo.

Era la conversación más larga que había mantenido con Martina en los últimos meses. Ella no lo advirtió o pareció no advertirlo, yo ignoraba si eso era una buena o una mala señal.

—¿Cómo que la muerte?

—Si odias a alguien quieres verle muerto, en plan que no viva más.

—No lo hagas, mamá.

—¿El qué?

—Decir en plan. No lo hagas.

—¿Por qué?

—No sabes decirlo y no te queda bien.

—¿Porque soy mayor?

—A lo mejor.

Se encogió de hombros. En aquel momento, Martina debía de sentir la misma sensación de invasión que yo sentía cuando mis padres aseguraban, para aparentar una juventud que ya no poseían y que jamás recuperarían, que alguna cosa era molona.